

Sartori, Giovanni:
La carrera hacia ningún lugar
Ed. Taurus, Madrid, 2016, 100 pp.

De nuevo toca hablar de Giovanni Sartori, un reputado científico social que desafortunadamente nos dejó en 2017. Lo “bueno” en estos casos es que nos deja, pero no precisamente huérfanos de ideas: estamos ante una obra plagada de clásicos, con volúmenes como el que ahora se reseña¹, fruto de una cabeza privilegiada, y de una más que consolidada trayectoria.

En este *librito* se suministran algunos diagnósticos y pronósticos acerca de cuestiones candentes de la agenda política mundial, tratados con un sentido del humor irónico y corrosivo marca de la casa. Giovanni Sartori se muestra sincero y políticamente incorrecto a partes iguales. No estamos ante un libro de medias tintas. No estamos, en fin, ante filtros al hablar.

Comenzando por la “Premisa”, capítulo introductorio del libro, donde nos recuerda el que considera el problema número uno: la sobrepoblación humana del Planeta; el autor había sopesado entre el título finalmente elegido y otro de corte similar (“En marcha hacia el colapso”), expresiones ilustrativas de que “estamos avanzando en medio de la tontería y la extravagancia costosa, pero sin ninguna idea ya de cómo seguir siendo tantos, demasiados” (p. 12)². Quizá estemos realmente ante lo que algunas voces llaman “el obituario de Europa”³.

* Universidad de Valladolid.

¹ Puede verse también SÁNCHEZ MATITO, M. (2017); “Las reflexiones de Giovanni Sartori sobre la sociedad contemporánea”, *Revista de Humanidades*, 30, pp. 167-174.

² Sobre esto se ha posicionado también, y de qué forma, BAUMAN, Z. (2017); *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, Tusquets, Barcelona.

³ Ver ARJONA, D. (2016): “Si negamos que hay guerra contra el islam, la perderemos: las 10 lecciones de Sartori”. *El Confidencial*, 26-7-2016. Disponible en: http://www.elconfidencial.com/cultura/2016-07-26/sartori-islam-guerra-lecciones-carrera-ningun-lugar_1183809/; y GÓMEZ, A. (2015): “Los musulmanes de tercera generación odian a Occidente”. *ABC*, 14-9-2015. Disponible en <http://www.abc.es/cultura/20150914/abci-giovanni-sartori-201509121810.html>.

El capítulo 1 se titula “La parábola del bípido implume”, y en él Sartori defiende que hasta la llegada de la democracia liberal no existió realmente el Estado (p. 15). El autor considera que el Estado, tal y como lo conocemos hoy, ese “Estado que no es simplemente la fuerza del más fuerte”, se origina a finales del siglo XVII, con John Locke, y principios del XIX, con Benjamin Constant (p. 16). Que la democracia liberal basa “todo su saber y todo su progreso” en la capacidad de abstracción (p. 17), en la esfera de los conceptos y los constructos mentales (p. 19); y que todo ello debe, como premisa básica y fundamental, comprenderse por un ser humano que ya no es *sapiens* sino *videns* (que comprende a través de la imagen por estar educado mediante las mismas) como el propio autor argumentó hace ya tiempo⁴; para ello, recurre al derecho más básico y elemental, que a su vez funda la libertad protectora, base de toda democracia que se precie: el derecho de *habeas corpus*, el derecho a disponer absolutamente del cuerpo propio (p. 20)⁵.

El capítulo 2 es uno de los de mayor enjundia. Bajo el título “Revoluciones verdaderas y Revoluciones falsas”, el autor arroja luz sobre el concepto de *revolución*. Partiendo de la base de que esta significa *conquistar desde abajo el poder para luego reestructurar el poder* (p. 22), Sartori pone especial atención en estudiar esa *revolución permanente*, esa necesidad de que la revolución sea, además de política, social y económica. El autor lo tiene bien claro: “si los límites entre acontecimiento revolucionario y gobierno posrevolucionario (una vez la revolución gana y reconstruye el Estado) se borran, la “revolución permanente” se convierte en la justificación de la “dictadura permanente” (p. 25). Continúa con pulso firme: “(...) repito que lo más importante es que la continuación de la revolución en el contexto económico-social no tenga lugar con los métodos violentos del acto revolucionario. De lo contrario, la revolución se autodestruye (...). El emblema de la revolución [comunista] es el mito de Saturno (p. 25)”. Posteriormente combate algunas asociaciones entre fuerza, violencia, y revolución. Sartori cree falso que las cosas sólo se cambien a través de la violencia. Lo argumenta así: “violencia es una forma brutal de hacer daño; la fuerza de por sí, no. La fuerza manda, impone, subordina; la violencia agrede, hiere, destruye. La fuerza es una *vis coactiva* compatible con el estado de paz; la violencia caracteriza el estado de guerra (pp. 27 y 28). Otro de los lugares comunes que combate es la “función creativa” que se asocia a toda revolución; para que se dé “las condiciones requeridas son dos: la primera, que sea un niño apto para nacer, y la segunda, que no instaure

⁴ Vid SARTORI, G. (1997, 1.ª edición): *Homo videns: la sociedad teledirigida*. Taurus: Madrid.

⁵ La doctrina clásica ya establecía el *habeas corpus* como el derecho individual que es el presupuesto del resto de derechos. Vid. KRIELE, M. (1980: pássim): *Introducción a la teoría del Estado: fundamentos históricos de la legitimidad del Estado constitucional democrático*. Depalma: Buenos Aires.

después un Herodes que lo mate” (p. 31). Acude a ejemplos históricos paradigmáticos (la Revolución Gloriosa inglesa; Revolución Francesa hasta la época del Terror; las Revoluciones de 1830 y de 1848; la Revolución Rusa de 1917; incluso la *Restauración Meiji* del Japón...), justamente para mostrar lo complicado que es dar con un diagnóstico tajante; en todo caso, de lo ideologizado que está el asunto, y que, a la postre, “ninguna revolución ha sido *creativa* en virtud de la cantidad de violencia desplegada y de la sangre derramada” (pp. 38 y 39).

El capítulo 3 lleva la rúbrica “El sistema electoral perfecto existe”. Centrado en el caso italiano, Giovanni Sartori considera que ése —el sistema electoral perfecto— es el sistema mayoritario de doble vuelta. Recordando sus pros y contras, al fin y al cabo lo que a su juicio importa es que el elector siempre puede mostrar sus preferencias electorales, que no son “las del partido o las de la mafia”, por lo que “en ningún caso [está siendo] un absoluto desautorizado, engañado o coaccionado” (p. 44). Es consciente de que este sistema no es querido por casi nadie (“mandaría a demasiada gente a casa”, p. 45), como lo ilustra el propio caso italiano: propuesto el mismo por la comisión de Asuntos Constitucionales del Senado se presentaron 222 enmiendas, lo que Sartori encuentra explicación en un *clásico* de los sistemas electorales: “porque a cada uno de los que se presentan (a las elecciones) solo le interesa el sistema electoral que le conviene a él” (p. 46)⁶.

El capítulo 4 inaugura otro de los hilos conductores del libro. En “Guerra Terrorista o Guerra al Terrorismo” encontramos a un Sartori duro y directo. Cree que se está librando una guerra, que califica de “terrorista, global, tecnológica, y religiosa” (p. 48). Sartori deja claro que al decir “guerra religiosa” no se está diciendo que el islam sea mayoritariamente fundamentalista ni que el fundamentalismo sea intrínsecamente terrorista, sino que “la extraordinaria fuerza del terrorismo islámico deriva de estos dos elementos: se alimenta de un fanatismo religioso y está protegido por una fe religiosa” (p. 49). Y es una guerra en la que “nosotros no somos los agresores, sino los agredidos (...); una guerra cuyo componente militar es secundario (...); y una guerra que se gana o se pierde en casa” (p. 51). Para el italiano, “se gana si sabemos reaccionar a la desintegración intelectual y moral en la que estamos cayendo. Y se pierde si dudamos de nuestros valores y de nuestra civilización ético-política” (p. 51). Por ello el autor no tiene empacho en reconocer que Occidente habría provocado “involuntariamente” estos males, dado que la civilización occidental es la primera en la historia cuyo poder de expansión es prácticamente ilimitado, expansionismo acrecentado por las

⁶ Ver, recientemente, FERNÁNDEZ-MIRANDA CAMPOAMOR, A. (2017); “Prólogo” en GARCÍA-ESCUADERO MÁRQUEZ, P. y ÁLVAREZ RODRÍGUEZ, I., *La presentación y proclamación de candidatos electorales*. CEPC, Madrid, p. 16 y ss.

capacidades de nuestros instrumentos de comunicación y tecnológicos (p. 52). Pero de ahí a invertir las tornas afirmando que “los agredidos son ellos” media un largo trecho que Sartori no estuvo dispuesto a recorrer. Dicho con sus propias palabras: “la chispa que enciende el fuego es nuestra (...) si esa chispa atiza un incendio colosal es porque el Islam todavía es un sistema teocrático, es una civilización cansada o decadente que no tiene capacidad de adaptación y, por tanto, reacciona con el rechazo puro y simple” (p. 52). La respuesta occidental se le antoja entre contraproducente e ingenua. Por la sencilla razón de que mientras “nosotros nos contamos a nosotros mismos que debemos liberar al Islam, el musulmán percibe esa liberación como una agresión-destrucción cultural” (p. 53). Seguidamente dedica algunos esfuerzos a separar el grano de la paja. Y Sartori llega a la conclusión de que emplear la palabra *conflicto* no es inadecuado, dado que ambas no cesan de compararse y contraponerse (p. 54); que hablar de *guerra de religión* no tiene mucho que ver con que tal tipo de guerra sólo sea así vista por unos pocos (los acontecimientos históricos no son nunca promovidos por *todos* y raras veces por mayorías, como por ejemplo ese *mayo del 68*, protagonizado por un 10% de la población estudiantil, p. 55); y que, además, siempre hay que llamar a las cosas por su nombre, dado que es sabido que de no hacerlo erramos el diagnóstico y consecuentemente en la terapia administrada (p. 55). Defender que estamos ante un conflicto ideológico, cultural, y/o político aporta escasas dosis de claridad a una materia especialmente necesitada. En conclusión, qué mejor que la cita literal con la que Sartori cierra el capítulo: “un estudioso (...) debe declarar abiertamente lo que piensa, y yo pienso que una realidad no se elimina (de la realidad) borrando las palabras que la denotan. La cuestión a la que nos enfrentamos es una cuestión de hecho. Si existe un conflicto de culturas, existe; si se da el hecho de que ese conflicto de culturas adquiere la dimensión histórica de conflicto de civilizaciones, entonces ese es el hecho. Y si, por último, Occidente se considera el ‘gran Satán’, entonces el conflicto también es de naturaleza religiosa” (p. 57).

En el capítulo 5, titulado “Cristianismo e Islam, Laicismo y Religión”, el autor pone de manifiesto las diferencias estructurales apreciables a lo largo de la historia entre ambas religiones. La principal idea que subyace al mismo es que el cristianismo completó un proceso de secularización, el Islam no. El primero dejó de tener la importancia que había tenido a la hora de gobernar políticamente las sociedades occidentales; el segundo no, constituyendo vigorosas teocracias que han llegado hasta la actualidad (pp. 61 y ss.). Reflexiones interesantes se aportan al hilo de los denominados *islam extremista* e *islam moderado*. Porque Sartori, temiendo que haya triunfado la primera versión, realiza una crítica demoledora de la segunda; más concretamente de los “Estados moderados”, donde al levantar el velo se observan tanto dictaduras a cada cual más brutal como Estados que son la excepción y no la regla (Turquía, Marruecos, Pakistán). Lo cual le lleva a concluir que “los llamados Estados moderados islámicos no son

la salvación de Occidente, sino más bien Estados a los que hay que salvar” (p. 69).

En el capítulo 6 (“Jus Sanguinis, Jus Soli y Residencia”), Giovanni Sartori aporta, sobre todo, una idea especialmente polémica acerca del control de los flujos migratorios: otorgar una residencia permanente, transferible a los hijos pero siempre revocable, a cualquiera que entre legalmente con papeles en regla y puesto de trabajo (si no asegurado, cuanto menos creíble). La única privación de esta cuasi ciudadanía sería el derecho de voto, privación que no se le antoja “terrible”⁷, salvo que “los residentes en cuestión quieran crear su partido, que en Italia sería un partido islámico. De ser así, es lo que yo recomendaría impedir” (p. 72)⁸. En la misma página, otra afirmación de las que traen cola: “Cuando pedí la residencia en Estados Unidos, me tomaron las huellas digitales. Me pareció obvio y no me ofendí. Pero recuerdo los gritos en Italia cuando se propuso lo mismo para los inmigrantes sin papeles, sin documento de identidad de ninguna clase y, por lo tanto, libres de inventarse un nombre distinto cada vez. Eran clandestinos y (...) debían seguir siéndolo. A mi me parece, en cambio, que el ciudadano libre de un país debe dar la cara. No tiene nada que esconder y no se le debe permitir esconderse (...)”. Aprovecha las líneas finales para aclarar qué entiende por integración en una sociedad pluralista: aceptar el principio de separación Iglesia-Estado y aceptar también que la política se rige desde abajo, sin tuteladas desde arriba (desde los cielos, se entiende, p. 73).

Tal argumentación se continúa en el capítulo 7, titulado “Integración, Asimilación y Rechazo”. Por un lado, insiste en que la estructura islámica quedó atrasada política, social, y económicamente hablando. A diferencia de la occidental, que creó la sociedad industrial y diversas nuevas formas de desarrollo económico. En el fondo, nos dirá Sartori, *en el pecado llevábamos la penitencia*, porque acabamos por dotarnos de una Europa que no tiene aranceles ni barreras; por ello, es indefendible y fácilmente conquistable. Aun diferenciando entre Europa del norte y los demás, “la gran sorpresa ha sido que los musulmanes de tercera generación no solo no se han integrado, sino que son los más rebeldes, los más extranjeros” (p. 77).

⁷ Habla alguien con conocimiento de causa, pues dicho estatus (*green card*) fue el que tuvo durante sus más de cuarenta años de residencia en los Estados Unidos de América. Vid. HERNÁNDEZ VELASCO, I. (2016): “Si damos el voto a los inmigrantes impondrán la ‘sharía’ en Europa”. *Crónica*, 15-7-2016. Disponible en <http://www.elmundo.es/cronica/2016/07/15/578238a322601d96098b4580.html>.

⁸ Y que complementa con una respuesta en la entrevista reseñada en la nota anterior: “porque si se les da el derecho al voto, en 40 años en Italia y en muchos países europeos podría gobernar un partido musulmán que implantase la sharia, el estado islámico”. Imposible no recordar aquí y ahora la conexión entre esta idea y el panorama que traza HOULLEBECQ, M. (2015): *Sumisión*. Anagrama, Barcelona.

Tampoco es baladí el tipo de inmigración al que debe hacerse frente, porque también nos dice que el caso de los africanos y de los pueblos ribereños del Mediterráneo es totalmente distinto: poblaciones que corren el serio riesgo de morir de inanición, que vienen para evitarlo, y que muy posiblemente el billete que llevan sea sólo de ida; es entre estos donde los terroristas islámicos se infiltran para después matar indiscriminadamente; ahí está “un nuevo tipo de guerra que no se puede librar con los métodos antiguos [sino que] los Estados atacados deben declarar la guerra al terrorismo islámico y, por consiguiente, emplear donde sea necesario todos los instrumentos de la guerra (...)” (p. 78).

Finaliza estas reflexiones el capítulo 8, con la “Ética de la intención y la Ética de la responsabilidad”, distinción weberiana donde Sartori defiende la segunda y no la primera como guía de actuación en general (y respecto a la inmigración, en particular). Porque, al fin y al cabo, una pregunta que no suele hacerse mucha gente es quién abona los costes de las decisiones tomadas en base a la primera, donde sólo importan los *buenos* fines y no sus perniciosas consecuencias. En lo tocante a la inmigración, aquél lo tiene claro: dado que desde los pulpitos se fomenta una inmigración prácticamente ilimitada, debiera ser la Iglesia Católica (el Vaticano, merced a sus riquezas) la que “podría echar una mano” (p. 83).

Los dos últimos capítulos se dedican a estudiar cuestiones relacionadas con el momento de concepción de la vida humana y el alma. Así, en el capítulo 9, con el título “El alma no está en el espermatozoide”, recuerda que, por un lado, para la propia Iglesia el hombre se caracteriza por el alma y que esta no ha llegado sino cuando el feto es un cuerpo ya formado; para la filosofía, el hombre se caracteriza por la razón, por tener autoconciencia de sí mismo. Citando a Locke, Sartori se muestra meridiano: “sin conciencia no hay persona” (p. 86). El italiano cree que la Iglesia ha abandonado toda (su propia) teología, entregándose a la biología; incluso a una lectura errónea de la misma, por cuanto “la biología nos pone frente al hecho de que “el corazón (...) no empieza a latir hasta la cuarta semana después de la fecundación, y que un altísimo número de embriones se pierden, es decir, que la mayor parte de las veces el embrión no se convierte en un niño (...)” (p. 89). Disculpe de nuevo el lector la larga cita, pero se antoja necesaria. Sartori concluye tales reflexiones así: “La religión no existe para hacer nacer cuantas más personas mejor (ya sufrimos, globalmente, de superpoblación) y menos aún para prolongar artificialmente la existencia (durante décadas) de una vida puramente vegetal. La religión existe para vencer a la muerte, para prometer al hombre la inmortalidad. Y para este fin es necesaria el alma. Sin el alma no hay resurrección de los muertos ni vida eterna. Y por eso la Iglesia debe saber decirnos cuándo aparece. Pero como no se atreve a desmentir toda su teología (...). El resultado que estamos viendo es una religión que se empobrece con una concepción biológica de la vida, que acusa de homicidio

a quien deja morir una *vida vegetativa* que mentalmente ya está muerta y que hace prevalecer la potencialidad de vida de un embrión por encima de la “vida espiritual” (autoconsciente) de quien actualmente está vivo y pide que los progresos de la medicina lo curen” (p. 90).

El capítulo 10 —“El embrión y la persona”— reafirma alguna de las tesis expuestas en el anterior. De este modo, incide en que una cosa es la vida, y otra diferente la vida humana. Racionalmente no se puede responder de modo afirmativo a la pregunta clave —“¿desde el momento de la fecundación hay vida humana?”—, por el consabido motivo: la vida humana comienza cuando se es autoconsciente, cuando uno empieza a “darse cuenta”, y no cuando está en el útero materno (p. 94). Y, respondiendo a preguntas que sobrevuelan el texto y generalmente este tipo de debates, dicha capacidad “aun adormecida y atrofiada, mantiene a una persona con vida humana, no como vida meramente animal” (p. 95).

Para finalizar esta reseña sólo queda animar a los lectores curiosos a que se acerquen al mismo, si es que se ha conseguido despertar su curiosidad (o no empañar la que ya se tuviera). Que si lo hace no se sentirán defraudados. Porque más allá de que se compartan o no las afirmaciones del ilustre politólogo, el resultado es que consigue provocar una cosa altamente saludable y siempre prescrita facultativamente: pensar.